









PAGINA INFANTIL
LECTURAS PARA LOS NIÑOS

El secreto de la felicidad
CUENTO PARA NIÑOS

El príncipe heredero del Trono de una Corte, cuyo nombre no viene a cuento, cansado de llevar la vida cortesana y de arrastrar la molesta cadena de las exigencias palatinas propias de su elevada jerarquía, decidió, sin decir nada a nadie, ni aun al Regente, su padre, y familiares, emprender un largo viaje por el mundo para distraerse del tedio que iba consumiendo su existencia y ver si conseguía encontrar al ser que le revelase el secreto de en qué consistía la verdadera felicidad.

Gustavo, muy querido por todos vuestros súbditos, por la grandezza de vuestra cuna y aun más por la caridad de vuestro corazón. Perdonad a este humildísimo siervo por no haberse postrado antes a vuestras plantas, dándoos las gracias más rendidas por la merced que le habéis otorgado.
—¿Cómo sabéis quién soy?—preguntó el príncipe extrañado.
—Alteza—contestó el mendigo—cuando en vuestro palacio madurasteis la idea de partir en busca del secreto de la felicidad, cual sombra protectora me puse a vuestro lado, y en el momento de partir me impuse la obligación de acompañaros en el camino de la renuncia a los vuestros ojos vi deslizar unas lágrimas al evocar el recuerdo bendecido de aquella excelsa reina y madre que os dió el ser, y comprendí que en vuestro hermoso corazón se anidaban los más bellos y nobles sentimientos.

Al dar un salto, la perla, que llevaba en el bolsillo, cayó y fue a parar a una oreja del caballo; el ruido, sobrecogido por un temor, se dejó hacer lo que Antón quisiese.
El pueblo en gran entusiasmo, grita:—¡Viva nuestro rey!—¡Vivaaaa!—gritó a coro todo el pueblo entusiasmado, y lo llevó en volandas hacia el palacio, en donde le depositaron encima del trono.
Antón trajo su caballo a palacio, pero al pasar por una puerta se desgarró el animal la piel. Antón dió un grito de alegría y desgarró toda la piel del caballo, por la cual apareció la princesa que él deseaba tanto.

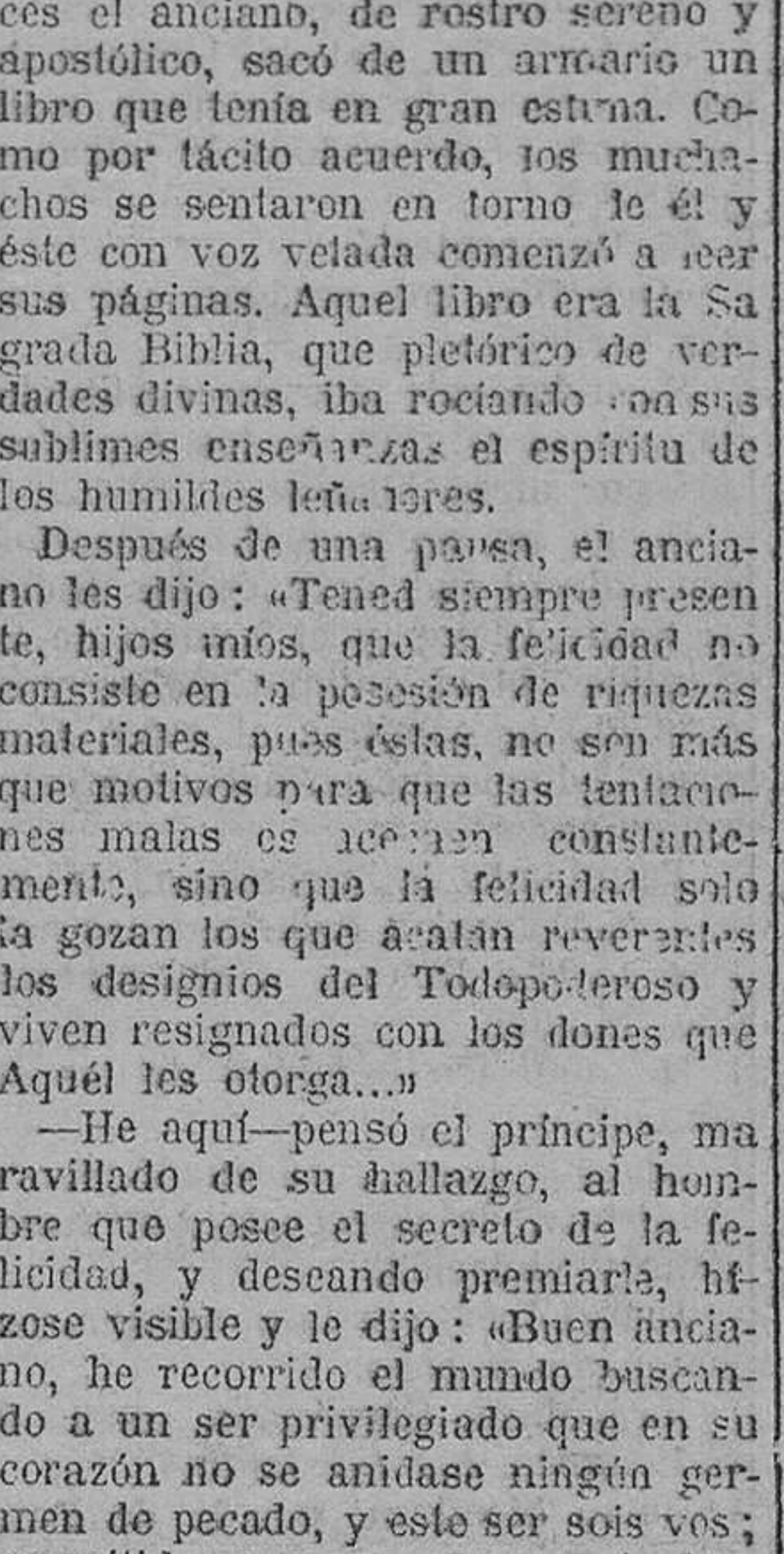
—¿Quién sois, pues, que me llamáis príncipe?
—Soy el Hado Céforo, que bajo las apariencias de mendigo, de sábio, de jórd y de leñador, os he traído todas las riquezas que encierra el mundo, para ver si caíais fascinado entre las redes de ellas. Felizmente habéis triunfado. Caminad por sendas de perdición, vuestro corazón ha sabido conservar las bondades y candores de que estaba lleno. Para vos, la virtud encelsa, ha tenido mayor atractivo que el vicio, y por ello os habéis hecho acreedor a gozar la felicidad que así habéis encontrado en otro ser. No olvidéis, pues, que la felicidad nunca debe ser egoísta y debemos procurar que participe de ella nuestros semejantes.

Cuando después de algunas horas de caminar distinguió aún en la lejanía la soberbia silueta de aquel pétreo castillo, en el que había deslizado su infancia bien pobre de afectos, puesto que había perdido a su augusta madre en los dorados días de la niñez, sintió que una angustia le invadía y no pudo evitar el que unas lágrimas se desprendiesen de sus ojos...
Bien pronto sobrepusose al natural dolor que consigo trae la evocación de todo aquello que ha fenecido y nos es muy amado, y comprendió el camino; el contenido asomaba ahora a sus rostros, al verse en aquellos gratos parajes por los que jamás había pasado.

El príncipe, en su forma invisible, espía todos los movimientos de aquel hombre que en bien de la ciencia inmolvaba todos sus esfuerzos y toda su abnegada vida y comprendía con tristeza que era con toda su sabiduría había hallado el secreto de la felicidad, pues ésta no la consiguió con la gloria y la riqueza, ambas ya conquistadas.
Salíó de aquella mansión y volvió en el suntuoso despacho de un ricomendador judío. Este, sentado ante una soberbia mesa de marfil, estaba absorto en la contemplación de los bulbosos letreros, en piedras preciosas que deslumbraban con su brillo maravilloso. Para aquel ser la felicidad no era otra cosa que la posesión de aquellas riquezas, quién sabe si adquiridas a costa de hundir en la miseria a sus semejantes y no comprendía que ésta pudiera existir en los desheredados de la fortuna, o en los mendaces que tendían su mano implorando la caridad de las gentes.

De nuestro concurso de dibujos

N.º 6.—LEMA.—«La marea»



Periquín y Mariquita se marchan a la playa. Cansados de pasear, se sientan en una peña a merendar.

De nuestro Concurso de cuentos

Una mano generosa

N.º 6.—LEMA.—«Pues señor...»

En tiempos remotos vivía en unos montes de Noruega una honrada familia española; la familia la componían madre e hijo; el padre había poco que había muerto, dejándole en la mayor miseria; no por eso se murieron de hambre.
Antón, que así se llamaba el hijo, trabajaba en casa de un herrero, y así, con el jornal que le daba, podía comer.

Las travesuras de Felipito



A Felipito le manda su mamá que compre fósforos, haciéndole recordar que debe traerlos en seguida, pues no los tiene en casa, y su papá los espera para jugar.



Felipito encuentra a su amigo Juanito, y deciden tomar el tranvía, y ya pensarán dónde van. Las hazas de Charlot les hacen entrar en el cine.



Felipito, se asoma con frecuencia a la escalera, a ver si viene. Y ya en casa Felipito, le dice su madre:

De nuestro concurso de dibujos

N.º 6.—LEMA.—«La marea»



Periquín y Mariquita se marchan a la playa. Cansados de pasear, se sientan en una peña a merendar.

De nuestro Concurso de cuentos

Una mano generosa

N.º 6.—LEMA.—«Pues señor...»

En tiempos remotos vivía en unos montes de Noruega una honrada familia española; la familia la componían madre e hijo; el padre había poco que había muerto, dejándole en la mayor miseria; no por eso se murieron de hambre.
Antón, que así se llamaba el hijo, trabajaba en casa de un herrero, y así, con el jornal que le daba, podía comer.

Las travesuras de Felipito



A Felipito le manda su mamá que compre fósforos, haciéndole recordar que debe traerlos en seguida, pues no los tiene en casa, y su papá los espera para jugar.



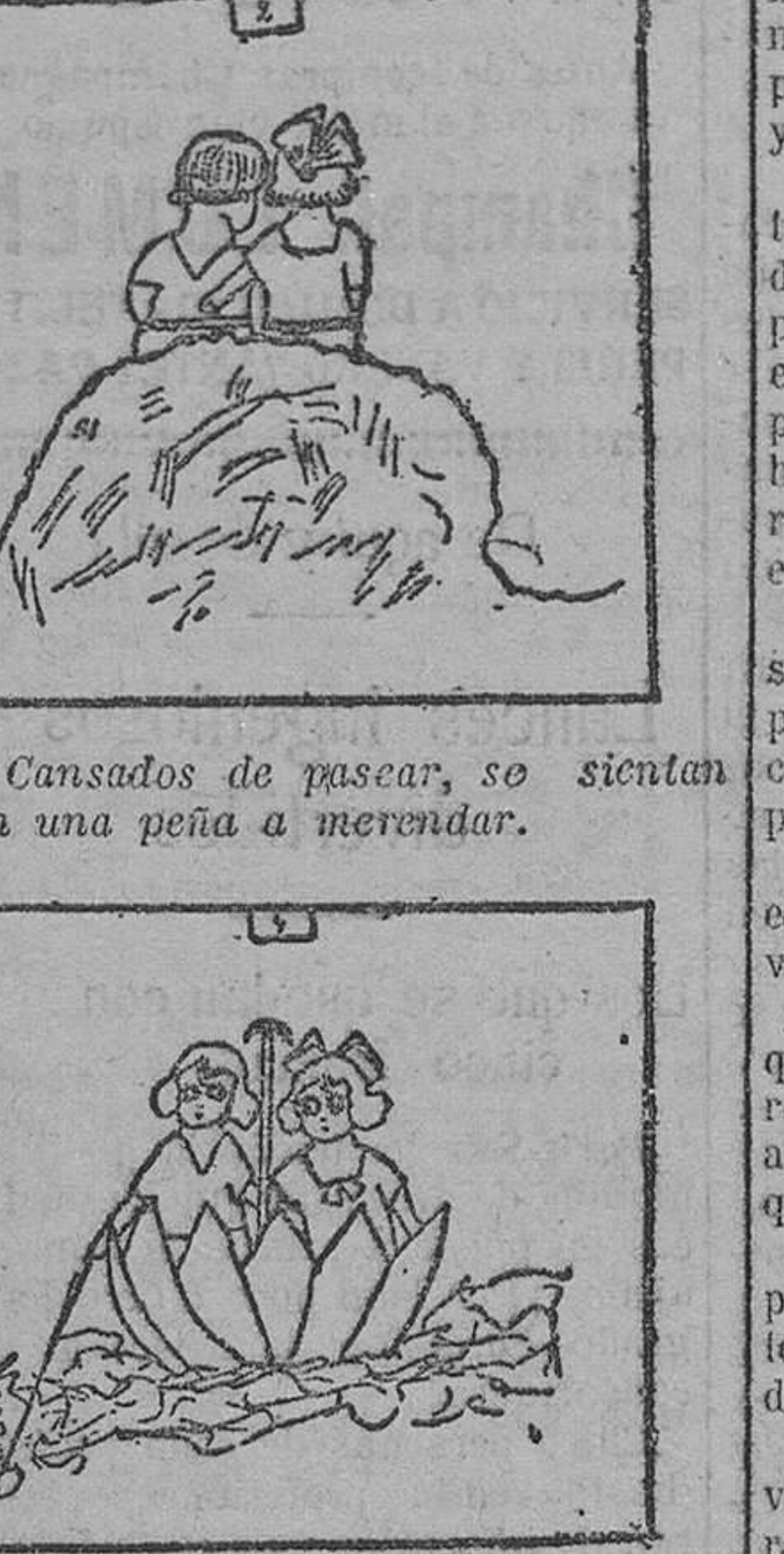
Felipito encuentra a su amigo Juanito, y deciden tomar el tranvía, y ya pensarán dónde van. Las hazas de Charlot les hacen entrar en el cine.



Felipito, se asoma con frecuencia a la escalera, a ver si viene. Y ya en casa Felipito, le dice su madre:

De nuestro concurso de dibujos

N.º 6.—LEMA.—«La marea»



Periquín y Mariquita se marchan a la playa. Cansados de pasear, se sientan en una peña a merendar.

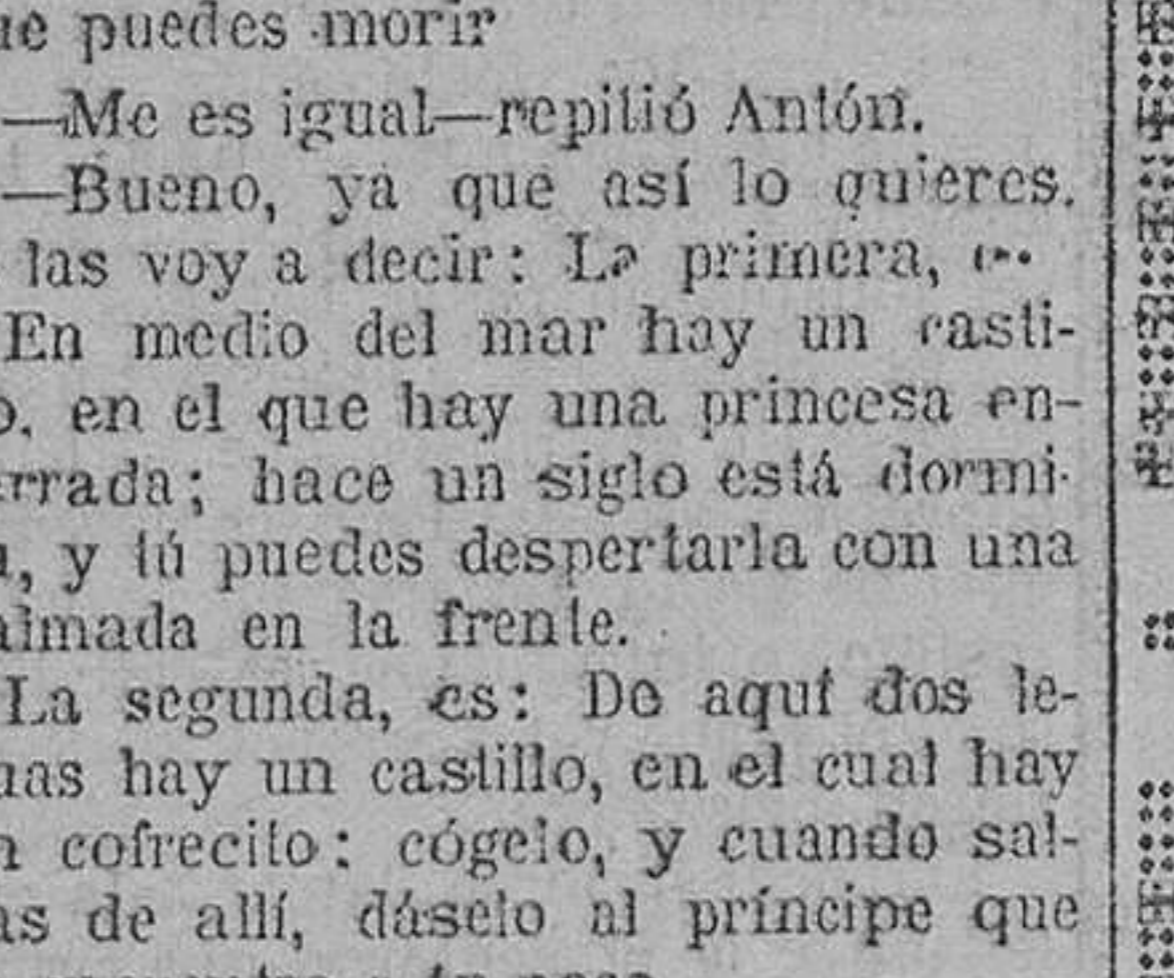
De nuestro Concurso de cuentos

Una mano generosa

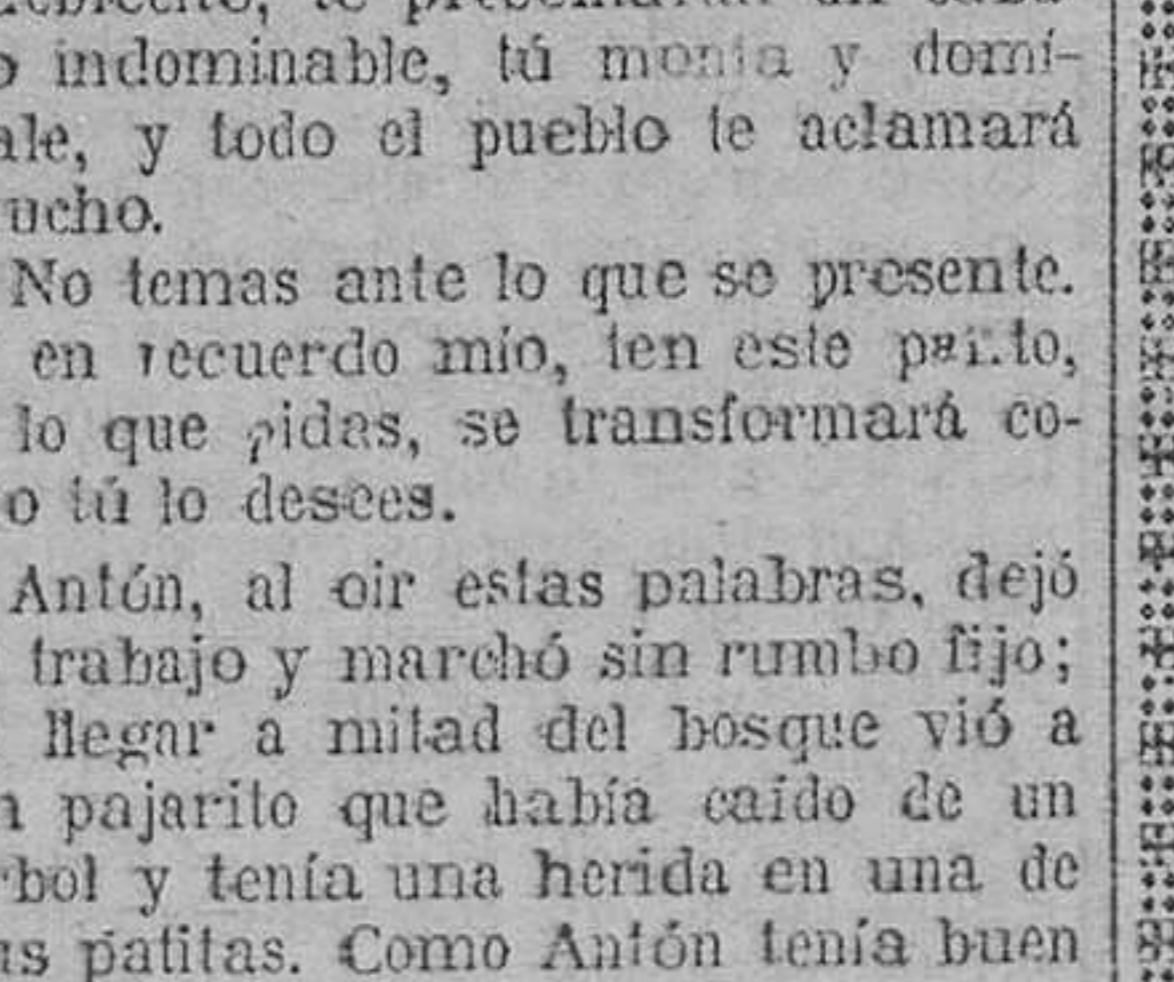
N.º 6.—LEMA.—«Pues señor...»

En tiempos remotos vivía en unos montes de Noruega una honrada familia española; la familia la componían madre e hijo; el padre había poco que había muerto, dejándole en la mayor miseria; no por eso se murieron de hambre.
Antón, que así se llamaba el hijo, trabajaba en casa de un herrero, y así, con el jornal que le daba, podía comer.

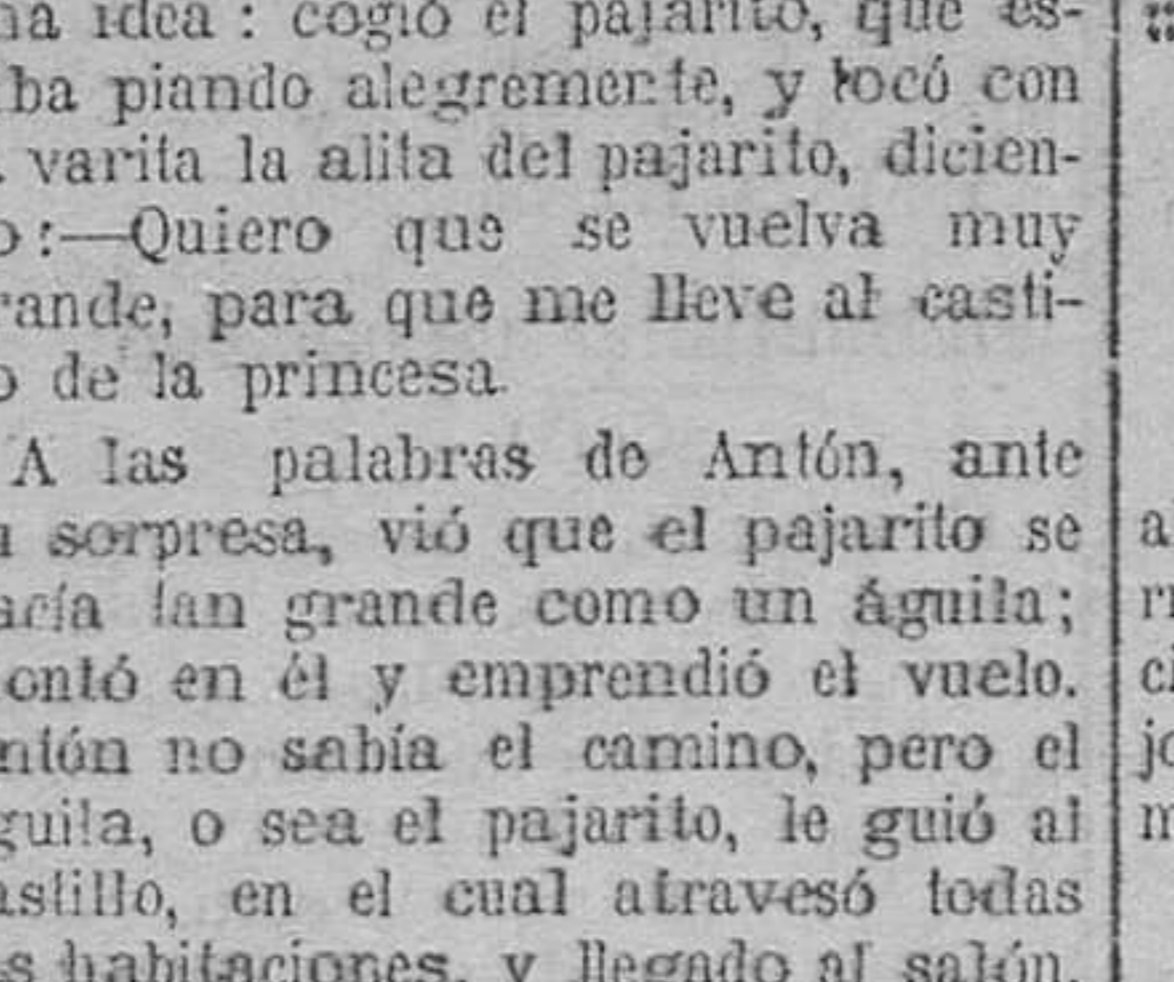
Las travesuras de Felipito



A Felipito le manda su mamá que compre fósforos, haciéndole recordar que debe traerlos en seguida, pues no los tiene en casa, y su papá los espera para jugar.



Felipito encuentra a su amigo Juanito, y deciden tomar el tranvía, y ya pensarán dónde van. Las hazas de Charlot les hacen entrar en el cine.



Felipito, se asoma con frecuencia a la escalera, a ver si viene. Y ya en casa Felipito, le dice su madre:

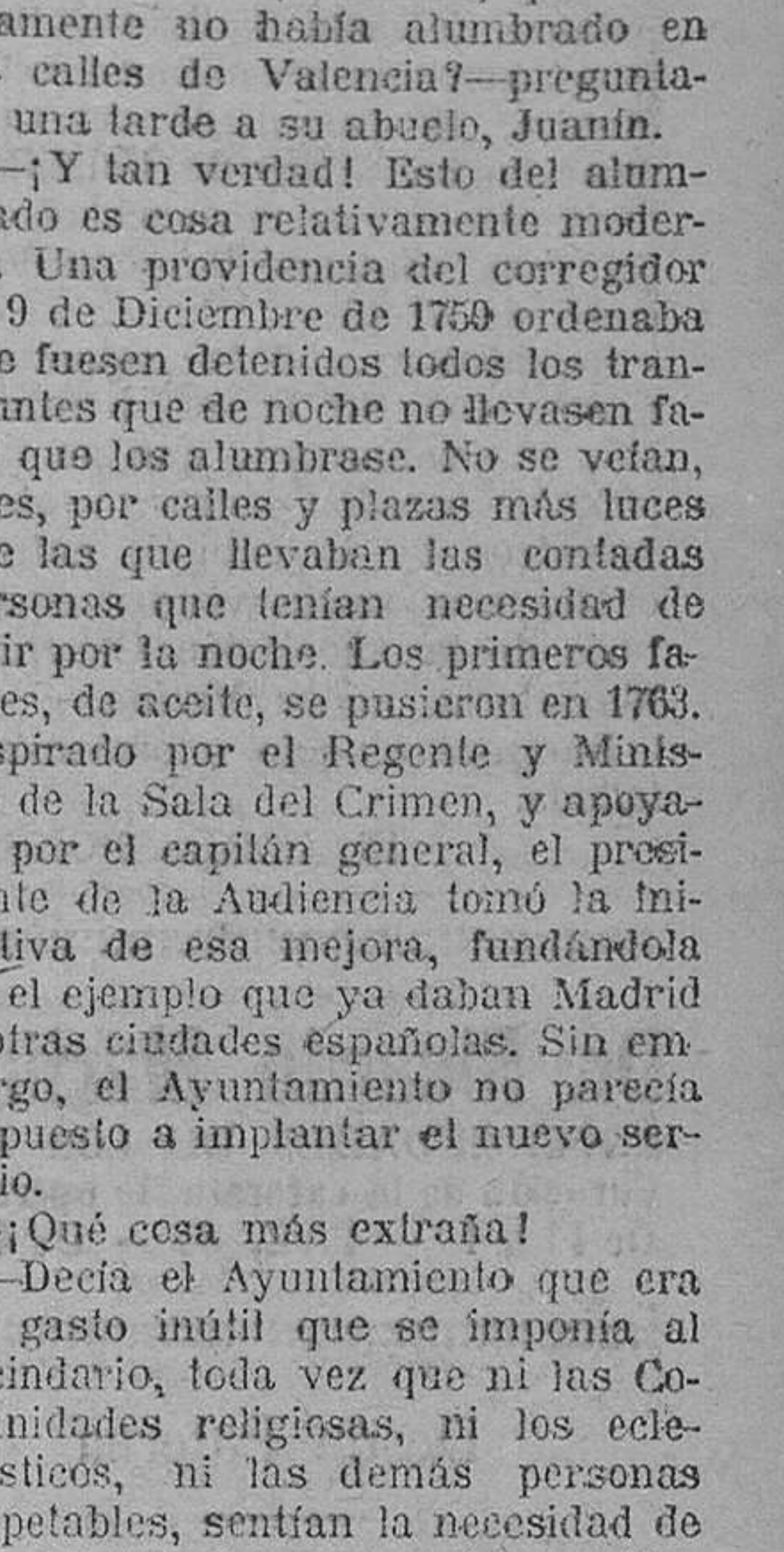
Pequeñas lecciones de historia

El alumbrado público de Valencia

—¿Es verdad, abuelito, que antiguamente no había alumbrado en las calles de Valencia?—preguntaba una tarde a su abuelo, Juanín.
—¡Y tan verdad! Esto del alumbrado es cosa relativamente moderna. Una providencia del corregidor de 9 de Diciembre de 1760 ordenaba que fuesen detenidos todos los transeúntes que de noche no llevasen farol que los alumbrase. No se veían, pues, por calles y plazas más luces que las que llevaban las contadas personas que tenían necesidad de salir por la noche. Los primeros faroles, de aceite, se pusieron en 1763. Inspirado por el Regente y apoyado por el capitán general, el presidente de la Audiencia tomó la iniciativa de esa mejora, fundándose en el ejemplo que ya daban Madrid y otras ciudades españolas. Sin embargo, el Ayuntamiento no parecía dispuesto a implantar el nuevo servicio.
—¿Qué cosa más extraña!—Decía el Ayuntamiento que era un gasto inútil que se imponía al vecindario, toda vez que ni las Comunidades religiosas, ni los eclesiásticos, ni las demás personas respetables, sentían la necesidad de salir de noche, y podía resultar hasta perjudicial, desde el momento en que la gente maleante, la única trancañadora, disponía de más luz para sus fechorías.
—¿Y quién ganó en esto pleito?—La razón, como siempre. Pusieron los faroles del alumbrado, a cuarenta pasos de distancia unos de otros, y costeados por los propietarios de las casas donde se colocaban. Encendíanse al ponerse y se apagaban a las once, presidiéndose este servicio desde 1.º de Noviembre hasta fin de Marzo. No tardó el vecindario en considerar deficiente la mejora, y en 1771 se estableció otro servicio más completo y se creó el cuerpo de faroleros. Para estos gastos pagaba cada casa, convento o iglesia, 14 reales, o sea 370 pesetas al año. Los faroles de alumbrado de aceite eran pequeños y triangulares, y se colgaban en gancho de hierro clavados a la pared. Duraron hasta 1830, siendo entonces substituidos por otros más grandes, llamados reverberos. En Octubre de 1838, siendo alcalde de Valencia don José Campo, después marqués de Campo, se estableció el alumbrado público de gas, y en nuestros tiempos, al del gas, se añadió el alumbrado eléctrico.
JUAN DE ANTAÑO
Galería de valencianos ilustres
El historiador Martí de Viciano
Pertenece a familia nobilísima, nació en Burriana el año 1502, e hizo sus estudios en Valencia. Su vida aparece bastante oscura, pues perteneciendo a una familia noble y bien acomodada, lo vemos ejercer el cargo de notario en la ciudad de Valencia, y recibir estipendios que no acreditaban un pasar holgado. Murió muy anciano, de edad octogenaria.
Martí de Viciano es uno de los fundadores de la historia de nuestro antiguo reino. Su obra Crónica de Valencia, consta de cuatro partes, dándose el caso, verdaderamente extraño, que no solo no haya llegado a nuestros días la primera parte, sino que ningún escritor da cuenta de haberla visto, ni ningún investigador haya podido alcanzar ni aun el más insignificante rastro de ella. Fue Martí de Viciano contemporáneo de las Germanías, y la pasión que despertaron aquellos acontecimientos explica el empeño que se puso por algunos elementos en que desapareciera la obra de este escritor. La investigación histórica que pudo realizar tiene gran importancia, pues dispuso de fuentes que hoy han desaparecido, y por lo que afecta a las revueltas de las Germanías, es su mejor cronista.
Fue también Martí Viciano autor de otras obras, de las cuales solo ha llegado a nuestros días una, titulada Libro de alabanzas de los letrados. Fue un entusiasta de la lengua valenciana, y su Crónica de Valencia se escribió en valenciano, y luego, ante el avasallador movimiento de castellanización de su época, tuvo que verterla al idioma de Castilla.
En 1882, una Sociedad de Bibliófilos, constituida en Valencia, editó las tres partes conocidas de la Crónica de este ilustre historiador, facilitando con ello su estudio, pues comenzaba a ser muy rara esta obra.
Y queda terminado el plazo de admisión, con arreglo a las condiciones que oportunamente publicamos.

De nuestro concurso de dibujos

N.º 6.—LEMA.—«La marea»



Periquín y Mariquita se marchan a la playa. Cansados de pasear, se sientan en una peña a merendar.

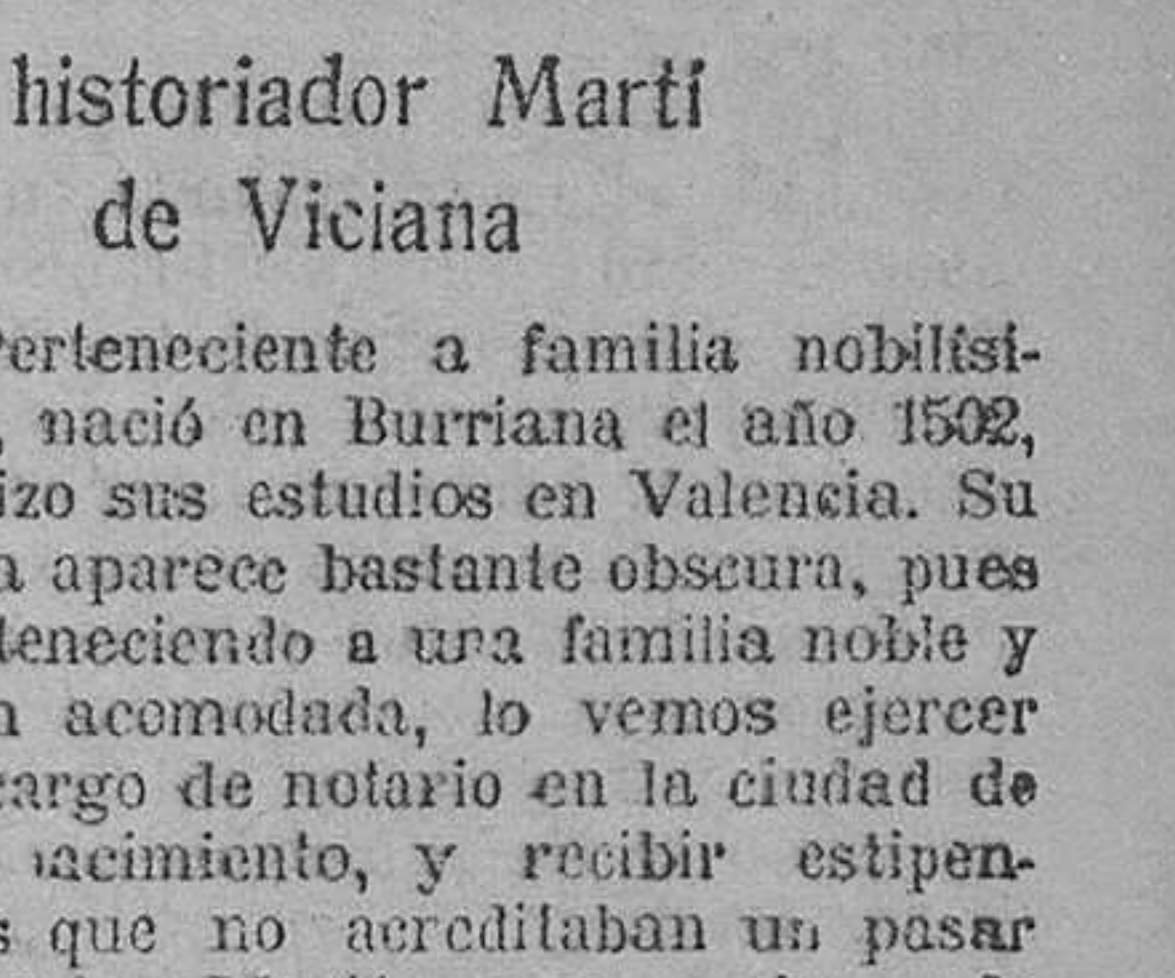
De nuestro Concurso de cuentos

Una mano generosa

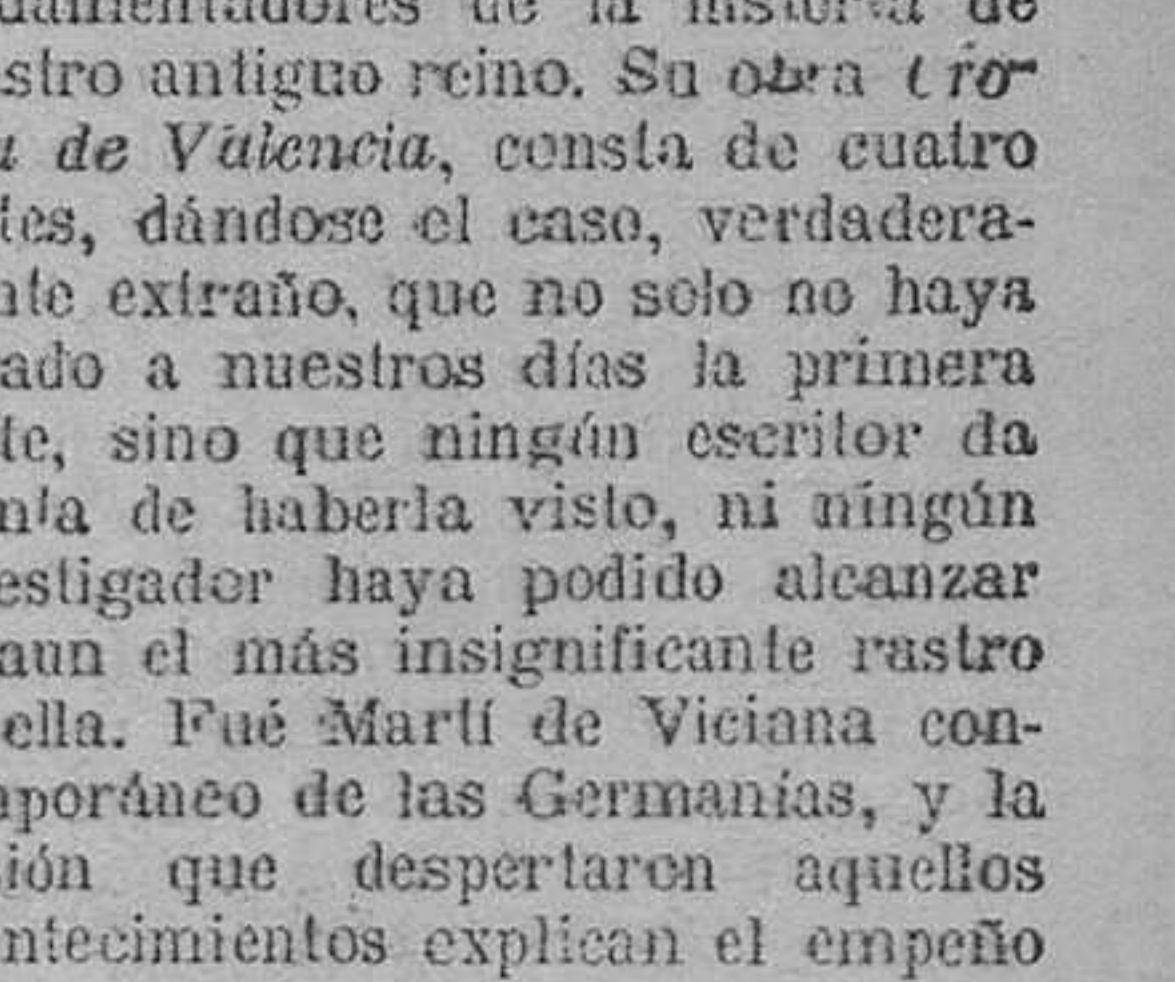
N.º 6.—LEMA.—«Pues señor...»

En tiempos remotos vivía en unos montes de Noruega una honrada familia española; la familia la componían madre e hijo; el padre había poco que había muerto, dejándole en la mayor miseria; no por eso se murieron de hambre.
Antón, que así se llamaba el hijo, trabajaba en casa de un herrero, y así, con el jornal que le daba, podía comer.

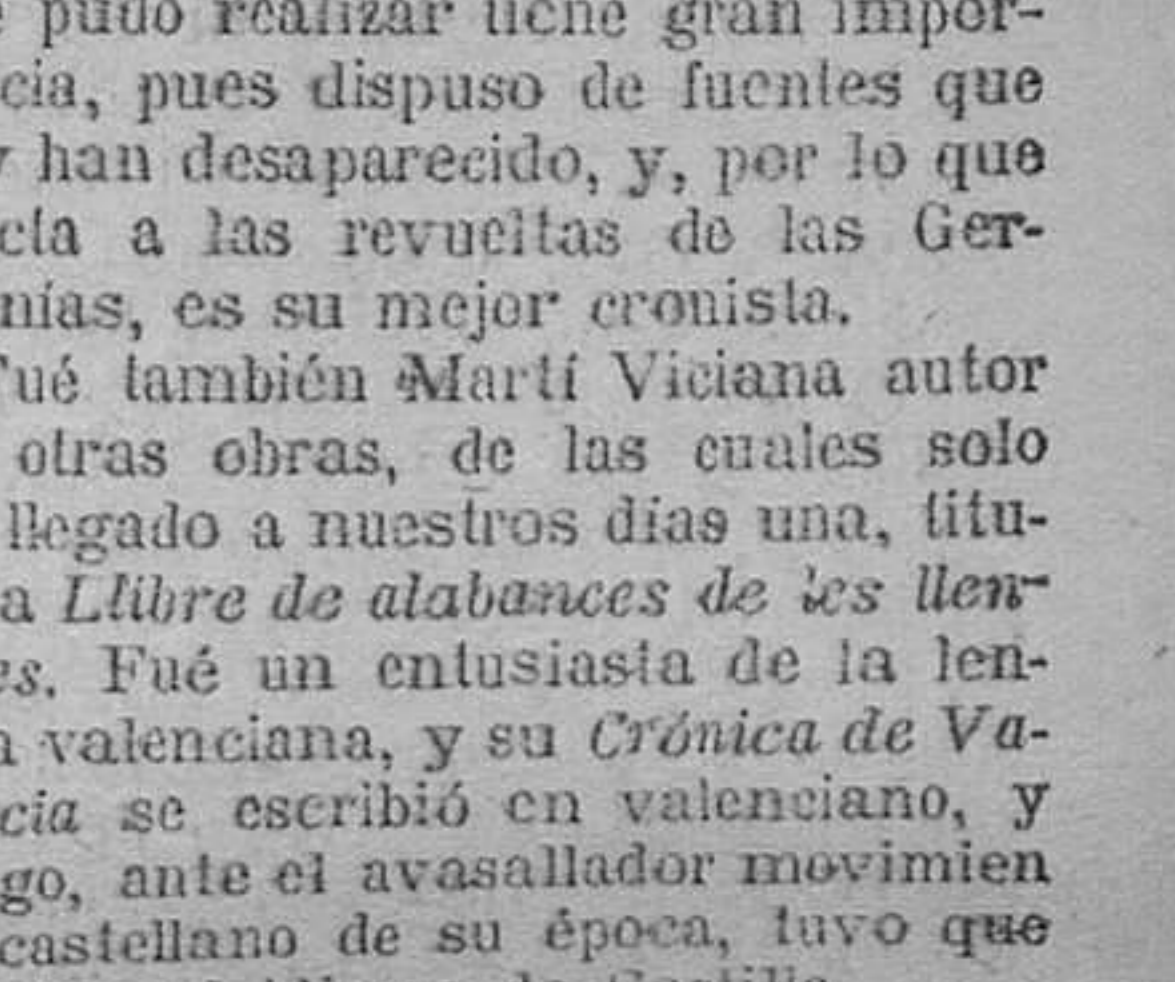
Las travesuras de Felipito



A Felipito le manda su mamá que compre fósforos, haciéndole recordar que debe traerlos en seguida, pues no los tiene en casa, y su papá los espera para jugar.



Felipito encuentra a su amigo Juanito, y deciden tomar el tranvía, y ya pensarán dónde van. Las hazas de Charlot les hacen entrar en el cine.



Felipito, se asoma con frecuencia a la escalera, a ver si viene. Y ya en casa Felipito, le dice su madre:





